

Heimat

Entramos hace cinco años,
fachada de ladrillo visto y adobe mal echado.
Dentro, la luz y las vistas contrarrestan esa primera imagen,
esa primera vez benjaminiana no volverá a pasar.

Los cuatro pensamos que es el lugar,
cumple con nuestros deseos,
ya no hay más que buscar.
Algo vacío y blanco nos dice que estamos dentro.

No hay paredes shōji,
los estores blancos y negro funcionan.
Es una casa entre el dentro y el afuera,
entre el ayer y el que llega.

Los lugares son tiempos.

La casa comienza a impregnarse poco a poco.
Resistimos las mudanzas y el llenar,
no recuerdo cuando se hizo plena.
Creo, desde el principio, ya estaba contagiada.

Cada cosa, cada paseo,
cada entrada al lugar me dice:
'estoy bien'.
Ella encuentra sus rincones en sus visitas.

El espacio me incita a crear y a escribir.
El colapso del malestar se disipa y se convierte en obra y
un bullir de ideas, de propuestas, de necesidades
convierten la casa en *Heimat*.

House ya es hogar.

Dejo de ser turista y
me fundo con el habitar.
Empezamos a solaparnos.
La Luz sigue estando ahí para no olvidar.

El alquiler nos protege de los asentamientos,
el nomadismo nos regala libertad,
el espacio nos permite estar dentro y fuera,
la cercanía a la pequeña ciudad me devuelve mi ser urbanita.

Los años pasan y el espacio se llena.
La terraza es el lugar donde hablo con su ausencia y
el coche se convierte en venas.
La Luz no deja de recordarnos su encuentro.

El hogar son las personas.

Los niños crecen y salen de casa.
Revuelves los orígenes y cuestionas su libertad.
Agradeces los años y la falta de anclas.
La orfandad tiene a veces sus ventajas.

El confinamiento despliega sus barrotes,
la casa tiene que darnos su máximo y cumple.
Espacios para trabajar, para crear,
para el deporte y para estar.

Primavera mordiente de aire y lluvia.
Las visitas parpadean y entrecortan su voz
mientras los brindis es un gesto al alza
y el tiempo un lugar de *Heimat*.

Aparcamientos perennes.